





**EL PASAJE DE LOS PANORAMAS**



100% SOSTENIBLE  
100% RESPONSABLES  
100% COMPROMETIDOS

## ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO<sub>2</sub> por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m<sup>2</sup> de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería ecológica: el 100 % de las recogidas y buena parte de las entregas se hacen andando o en bici. Para las entregas que no se pueden hacer sin medios motorizados hemos elegido a la mensajería con el plan de reducción de emisiones más ambicioso para 2025.



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a [info@erratanaturae.com](mailto:info@erratanaturae.com).

# LA PENÍNSULA DE LAS VEINTICUATRO ESTACIONES

INABA MAYUMI

TRADUCCIÓN DE RUMI TANI MORATALLA



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2023

TÍTULO ORIGINAL: 半島へ

© Inaba Mayumi, 2011

All rights reserved. First published in Japan in 2011 by Kodansha LTD., Tokyo.  
Publication rights for this Spanish edition arranged through Kodansha LTD., Tokyo.



**KODANSHA**

© de la traducción, Rumi Tani Moratalla, 2023

© Errata naturae editores, 2023

c/ Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

[info@erratanaturae.com](mailto:info@erratanaturae.com)

[www.erratanaturae.com](http://www.erratanaturae.com)

ISBN: 978-84-19158-40-6

DEPÓSITO LEGAL: M-20867-2023

CÓDIGO IBIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: Xuan Loc

MAQUETACIÓN: Eztizen Uriarte

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,  
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Me despierto y me acuesto según el humor del día.

El desayuno de esta mañana consiste en pan, mermelada casera y una sopa con muchas verduras. Me lo acabo, recojo la mesa, pongo la lavadora y saco el futón al sol para airearlo. Después me voy a dar un paseo por el bosque: es mi propio ritual matutino. Me calzo las botas y me echo al hombro la mochila, a la que tengo mucho cariño. Luego bajo la cuesta del jardín para dirigirme hacia el follaje oscuro y frondoso.

A mi espalda se encuentran el gran bosque de bambúes del señor Kurata y mi pequeña cabaña. También la casa de los Mochizuki, que vienen de cuando en cuando de Osaka. Frente a ella se alza la casa de los Hiraoka, que hacen el trayecto desde Nara una vez cada dos o tres meses. Un poco más lejos están la casa y el taller de los Tachibana, unos artesanos que fabrican tinte vegetal y que se mudaron hace tanto tiempo que ya se consideran lugareños. Y, más allá, la de otro matrimonio que también vino a vivir aquí: los Kawahara. Él fue director de una fábrica de papel.

Todas ellas se erigen en terrenos de casi mil metros cuadrados, lo que da una sensación de amplitud. Sus propietarios, de entre sesenta y cinco y ochenta y tantos años, se instalaron en estas tierras después de jubilarse.

Cultivan frutas y hortalizas de temporada y están en plena forma: juegan al golf o van a nadar a la piscina municipal. El resto del tiempo lo pasan tranquilamente en sus casas. La única en la que se ve cierta animación es el taller de los Tachibana, donde imparten clases de técnica para el tinte vegetal una o dos veces por semana. Los días de clase, se escuchan las risas de sus alumnos, que irrumpen como el rumor del mar.

Mi cabaña se encuentra en un rincón de esa pequeña pedanía, en una pendiente en forma de V. El camino está asfaltado hasta la casa, antes de terminar bruscamente allí donde comienza la cuesta. Mi cabaña es la última que tiene luz y agua corriente; es decir, que es el límite donde se puede vivir con los servicios básicos. Lo único que hay más allá es un sendero de tierra por el que a duras penas cabría una persona; un coche ya sería imposible. Por lo general, sólo yo lo uso para ir al estuario.

Al final de la pendiente, a mano izquierda, se extiende un gran bosque, y a mano derecha, arrozales abandonados y convertidos en ciénagas.

«¡Claro que era un paseo bonito! Desde aquí se divisaba el mar, y cada lado del sendero estaba rebosante de violetas, arándanos y otras flores silvestres cuyo nombre desconozco. Además, los campos de arroz se extendían hasta el mar. ¿Has visto las típicas imágenes de paisajes rurales en alguna revista? Pues te digo yo que eran como esas fotos. Extensos y llanos, y de un verde intenso. Sí, sí, así eran. En otoño, el bosque se

llenaba de setas *matsutake*<sup>1</sup> y *shimeji*, y de niño solía ir a cogerlas. Todavía recuerdo que las cocinábamos en la cazuela de *sukiyaki*. ¡En lugar de carne de buey se comían setas *matsutake*! ¡Todo un lujo!».

El empleado de la tienda de jardinería, que vino con su pequeña camioneta a traerme la tierra que había comprado para el macizo de las flores, me contó sus recuerdos de infancia con el dulce acento tan peculiar de estas tierras sin dejar de mirar el empinado sendero. Ahora, el mar ha quedado oculto por las ramas de los árboles, y tampoco crecen ya las setas *matsutake* ni *shimeji*. Aquellos arrozales que «se extendían hasta el mar» fueron expropiados por la ley de reforma agraria de 1960 y acabaron recuperando el aspecto que tenían antes de ser cultivados.

Las tierras que nadie ocupa se vuelven salvajes. En ellas crecen plumeros amarillos, juncias reales, cañas, bambúes, juncos y cualquier vegetación que aprecie la humedad. La maleza, como la planta camaleón y la espadaña, nunca llega a desaparecer, por mucho que se arranque de raíz.

El arrozal que se vislumbra justo debajo de mi cabaña, de unos ciento treinta metros cuadrados, ha sufrido el mismo destino. Sin embargo, a pesar de ser una ciénaga, no desprende ningún tipo de hedor debido a las corrientes de varios manantiales que recorren la zona. Sus aguas fluyen a los pies de los matorrales de bambú y de los altos juncos, hasta acabar desembocando, al fin, en el mar. Solamente el agua que cambia su curso es capaz de sobrevivir, incluso en tierras áridas.

<sup>1</sup> Se trata de un hongo asiático conocido con el nombre de «hongo pino». En Japón se considera un manjar por su olor y textura y su alto precio lo convierte en un alimento de lujo. (Salvo que se indique lo contrario, las notas son de la traductora).



En el cielo, el canto alegre de los pájaros se entremezcla con los rayos de sol que se cuelan entre el follaje. Un día espléndido, ideal para un paseo. Camino cada vez más rápido. Mi destino es el estuario que se encuentra al final del sendero. Si uno no se distrae, el recorrido no lleva más de diez minutos a pie; sin embargo, siempre me entretengo, intrigada por árboles que no me resultan familiares, o porque se me van los ojos a los nidos que voy descubriendo en lo alto.

Para llegar a mi destino he de atravesar antes un pequeño puente de madera que está al otro extremo de mi terreno en forma de V. Consiste en dos tablas sólidas, de unos treinta centímetros de ancho y un metro y medio de largo, atadas con varias vueltas de cuerda, que fortalecen la estructura y evitan que se deslice. Se construyó hace unos años sobre la acequia que canaliza las aguas de lluvia. Usamos la madera de la librería de mi padre, que murió en 1964; era un mueble muy apreciado.

Cuando se reconstruyó la casa de mi madre hace ocho años, nos deshicimos del viejo mobiliario y de piezas de la casa que ya no nos resultaban útiles. «¡Qué pena!», decía mi madre, mirando afligida la estantería. «Es de madera de ciprés. ¿No la querrá alguien? No me atrevo a tirarla».

Recuerdo que mi padre, que por aquel entonces era profesor de Inglés, solía guardar sus libros occidentales favoritos en aquella estantería. Por entonces, cuando estaba repleta de ellos, era del color de la madera recién lijada; sin embargo, una vez vacía, las baldas se habían ennegrecido. Mi madre consiguió transmitirme su pesar y congoja hasta tal punto que acabé llevándomela. Me costó mucho desmontarla cuando decidí construir el puente, porque sus tablas eran gruesas y

estaban muy bien ensambladas. Eso sí, la solidez de su madera le proporcionó una estabilidad inigualable.

—¡Qué bien ha quedado! —exclamó mi madre cuando vino a verme.

—¿Verdad? Además, se cruza con comodidad.

—Es Yukio.

—¿Cómo?

—El nombre del puente. Llamémosle Yukio.

Yukio, el nombre de su marido, mi padre, que murió enfermo con tan sólo cuarenta y tres años. El tono ámbar de la madera se fundía con el entorno y, sin explicarme muy bien por qué, me parecía una deidad protectora de esas tierras.

A mi cabaña de la península fueron a parar también las tejas negras y viejas de la casa de mi madre, la piedra para prensar condimentos que estaba en la despensa de la cocina, el tarro de barro fabricado en la región de Seto, para conservar *umeboshi*<sup>2</sup>, y también una gran vasija de piedra cubierta de telarañas. Las tejas negras sirvieron para bordear el macizo de flores; la gran piedra de prensar, parcialmente enterrada, se convirtió en una losa; los tarros y los jarrones, en bebederos para los pájaros; y la gran vasija de agua, en una maceta para plantar flores a la entrada de la casa.

Hizo falta un tiempo hasta que todos los utensilios y los trastos inútiles provenientes de la casa familiar encontraron su lugar en el nuevo destino; sin embargo, a diferencia de los objetos de plástico o que imitan la madera, éstos suelen ser discretos los coloques donde los coloques. Y, entre todos ellos, el que más se ha fundido con el paisaje y ha resultado realmente

<sup>2</sup> Ciruelas encurtidas, muy populares en la gastronomía japonesa. Suelen acompañarse con arroz blanco.

útil ha sido el puente de madera que antes era la estantería de mi padre. Lo primero que hago al comenzar el día es atravesarlo. Más arriba discurre un camino asfaltado que rodea la pedanía; si bien podría tomar esa ruta, llego antes al bosque o al estuario por mi itinerario habitual.

Nada más cruzar el puente Yukio, me adentro en un lugar sombrío. Un frondoso vergel donde coscojas, pinos, cipreses, azaleas silvestres y *clethra* crecen por doquier. Aunque apenas quepa una persona en el estrecho sendero, me hace sentir que es posible pasar de un mundo luminoso a uno umbrío con un solo paso.

De repente, me detengo. Se me antoja aburrido dirigirme al estuario sin dar un rodeo. Prefiero atravesar el bosque, de modo que cambio de rumbo. Aunque el trayecto es empinado, sé que me encontraré con sorpresas inesperadas, ya sea cuando lo recorra cuesta arriba o cuesta abajo, agarrándome a los árboles. Nunca me cansaré de contemplar el musgo que cubre los troncos, su verdor henchido de humedad y sus delicadas líneas; además, allí me toparé con esas telarañas gigantes que penden entre las ramas, que además hacen de paraguas y me protegen cuando llueve.

Hoy hace un día espléndido. Las azaleas silvestres están en su plenitud, con sus pétalos rojos como llamaradas de fuego. Voy caminando por un bosque en el que hasta el aire parece verde. A veces he de pasar por encima de troncos caídos, y otras recojo nueces y avellanas del suelo, que guardo en los bolsillos del pantalón; las hojas con formas curiosas las meto entre las páginas de la guía de plantas que llevo en la mochila.

Cuando llego al estuario, enclaustrado entre las rocas, estoy empapada de sudor. Más allá de las casetas de trabajo de los recolectores de ostras se extiende el océano azul. Unos

diminutos pájaros se deslizan volando y atraviesan el cielo. ¿Son chorlitos? Su vuelo es, en verdad, ligero y veloz. Ni un ruido. Tan sólo un claro y vasto cielo que ilumina el estuario.

Hasta hace un mes vivía en un apartamento junto a la bahía de Tokio. Desde la terraza del cuarto piso de un edificio de diez plantas se divisaba la gran aglomeración de bloques grisáceos y desabridos junto a los cuatro carriles de la carretera nacional. Las filas de coches de noche y de día, las voces de los niños de los colegios vecinos, el estrépito de las obras repartidas por la ciudad, las ensordecedoras sirenas de las ambulancias y los coches patrulla, el estruendo de los moteros que desfilaban en grupo cada noche hasta el dique de la bahía de Tokio... Y el calor tórrido del asfalto que comenzaba al final de la estación de lluvias y duraba hasta el equinoccio de otoño. Todo aquello formaba parte de mis días en Tokio, ya estaba acostumbrada.

Llegué a este paraje nada más terminar el agitado equinoccio de primavera. Había decidido tomarme un descanso, aún no sabía si de seis meses o de un año entero.

¿Me había olvidado de algo? Recostada en el asiento del tren de alta velocidad, iba repasando la lista de tareas una por una. Había avisado del cambio de domicilio para el envío de correo y paquetes. Había cancelado la suscripción a algunos periódicos. Había vaciado la nevera, la caja de arena y el recipiente de comida y agua de mi gato. Al portero del edificio le había notificado mi nueva dirección por si pasaba algo, dejando claro que podía regresar enseguida en caso de emergencia. Había metido las plantas de la terraza en una caja de cartón y las había enviado a mi futura residencia, y había cerrado el gas y el agua. En el interior de mi bolso llevaba mi tarjeta

de la Seguridad Social, el pasaporte, la cartilla del banco y las tarjetas de crédito.

En cuanto al trabajo, decidí aceptar solamente aquellas obligaciones que pudiera hacer desde mi nuevo hogar. Avisé debidamente a una pequeña editorial con la que tenía una larga relación profesional y a otro responsable editorial con el que solía tratar. «No me voy al extranjero. Estaré cerca», les dije sin darle mayor importancia. De Tokio a la península de Shima, en la prefectura de Mie<sup>3</sup>, se tardan alrededor de cinco horas. Si hubiera algún imprevisto, me llevaría medio día regresar.

Un ordenador portátil, un poco de ropa —la imprescindible, para cambiarme—, unas decenas de libros y unos cuantos CD de mi música favorita fue todo lo que me traje de mi piso de Tokio. El único que me acompañaba era mi gato de once años, con el que compartía mi vida. Venía conmigo cada vez que visitaba la península, así que estaba acostumbrado a los viajes en tren de alta velocidad o en otras líneas privadas ferroviarias. En alguna ocasión había maullado en el camino, como pidiéndome que lo sacara lo antes posible, pero solía permanecer tranquilo dentro de la cesta, sin rechistar y sin moverse.

Era la primera vez que me marchaba de la capital para una larga temporada. «¿Qué me esperaba en mi nueva vida?», pensaba en el tren. A pesar de que en parte me invadía un sentimiento de incertidumbre, no pude evitar recordar la sensación de optimismo que me embargó cuando, de joven, abandoné mi ciudad natal con destino a Tokio. En aquel entonces también me decía a mí misma: «Tranquila, sí,

<sup>3</sup> Se encuentra en la región de Kansai, en la isla Honshu, a unos cuatrocientos cincuenta y cinco kilómetros al suroeste de Tokio. Famosa por sus costas y por el gran santuario de Ise, donde se venera a la diosa Amaterasu.

tranquila. Todo saldrá bien. Sólo hay que dejar atrás el pueblo, sumergido en la absoluta oscuridad de la noche, y acostumbrarse al resplandor de las luces de neón de la capital». Pensé que ahora era todo lo contrario: se trataba de pasar de las noches luminosas a la oscuridad. «Pronto me acostumbraré», me apaciguaba. «No son más que quinientos kilómetros».

En el paisaje que se me ofrece ahora no hay casi nada que haya sido creado de un modo artificial. Salvo, quizá, los postes que llevan la electricidad a la caseta de los cultivadores de ostras. Por lo demás, únicamente existe la línea continua que une el bosque y la playa, y un sinfín de acantilados, de un gris teñido de rojo.

Acantilados. Lo primero a lo que me habitué cuando llegué a este lugar fueron los acantilados, que dominan el entorno con su rudeza. Y cada vez que aparecen ante mis ojos, soy incapaz de no sonreír al recordar lo equivocada que estaba, pues durante mucho tiempo tuve la errónea convicción de que aquí el terreno era frágil y peligroso. En efecto, creía que era un lugar de restos fósiles, un suelo antiguo.

Sin embargo, nada de ello era cierto. Me había equivocado, y me di cuenta cuando por casualidad me topé con un libro en una biblioteca de Tokio.

En aquel entonces, me dedicaba a clasificar los manuscritos de un viejo investigador y coleccionista de minerales que había publicado por su cuenta *La vida de las piedras*, en el que explicaba que en algunos estratos podían encontrarse rocas de gran valor. ¿Cómo, que las piedras variaban según el tipo de suelo? No tenía ni la menor idea sobre todo aquello, así que me picó la curiosidad, y busqué entre los libros de geología hasta que encontré un volumen que trataba el tema.